

## Galicia

Manuel González.

Galicia es una instantánea de Jaime Pacheco, velada por el lodo. La negra mordaza que ha dejado el Prestige mutila nuestras gargantas, asalta el llanto, palidece vuestro/nuestro azul, oscurece de tizne la luna. Ahora más que nunca la Costa de la Muerte se tiñe de luto con el manto oscuro del chapapote, bilis negra esparcida entre las rocas, tristeza, desolación, amargura. Sobre Finisterre, el grito de Ulises advierte a las sirenas que la costa ya no es costa sino negro engrudo. Tantas veces pintado por Saura, gris sobre negro, negro sobre blanco, blanco sobre gris. Ya no hay cruces blancas en los cementerios, sólo betún. Ya no hay conchas con las que beber el agua clara de los caminos, sólo negro fuel. Nace un musgo negro en las piedras de Santiago. Llueven grumos de amarga leche en el Obradoiro. Las caracolas ya no llaman a la mar sino al sonido ruin de los petroleros. Sobre qué navegar. El océano, negro estanque donde flotan aves petroleadas, alquitranados peces, algas como sogas de esparto en la boca vomitadas una y otra vez. Maldita nana que despierta pesadillas, flujo de muerte, versos de Elliot. ¿Quién podrá despertar en la quemada mañana? ¿Quién podrá sonreír? ¿Qué mueca, qué retorcimiento, qué difícil torsión de las cosas? Ni Francis Bacon imaginó un lienzo así, ni Lorca en New York, testigo de otro horror, soñó este tupido tejido de fuel en las playas de Coney Island. Aracne envenenada, con sus finos dedos, en el encaje de arena, sobre el agua y en la frente una corona de jazmines. Platón extraviado en su negra Atlántida de la mano de Sócrates, lívido por la cicuta. Confundido Estrabón, perdido el juicio, rotos sus mapas, sin pared, ni muro donde colgarlos. ¿En qué muelle? ¿Sobre qué estación? ¿Qué occidente? ¿Qué lugar? ¿Qué lenguaje? ¿Qué mundo divisar asomados al Cabo del Mundo? Se equivocó la paloma de Alberti, ciega de chapapote, todavía pervive ese error. Se equivocó Ariadna en el imposible laberinto de los sueños. Se equivocaron las aves sin saber qué dirección tomar, ¿cuál es el norte?, ¿dónde el sur?, ¿qué es dentro y qué afuera? Los peces se equivocaron de mar, vinieron a las calles, a los semáforos y a los bares, a nuestras puertas y a los cristales rotos de nuestras ventanas. El revés de un mundo que habita en el jardín de Hofmannsthal poblado de estatuas sin ojos, inundado por el tarquín. La inquietud de Lord Chandos, sin botas ni regaderas para las que hablar, mudo de espanto y de miedo. El siniestro vals de las olas de Strauss que arroja a la costa su grasiento compás. Viena es un espejismo. La pregunta ¿por qué?, ¿por qué las gaitas despanzurradas de tizones encendidos?, ¿por qué las flautas quebradas? Ya no hay canciones celtas para la plomiza aurora, han sido gasoleadas. No hay ningún Elsinore para el loco de Hamlet. Ningún lugar es Dinamarca. Sólo ruina sobre ruina. La siniestra barriga de un dragón que yace en el fondo del Atlántico se resiste a morir. Verde hiel por sus aceradas heridas que no dejan de sangrar. Pero en otra tierra celta, en las montañas de Skye, Sorley McClean ve elevarse al Cuillin, al otro lado de la tristeza, para que ahora más que nunca agua, sal, nube, espuma, tierra, Galicia, todos uno, marineros, voluntarios, ojos, manos, piernas, espaldas, gaviotas blancas sobre la rompiente, sobre el cabo, sobre el acantilado, un mismo corazón, un mismo palpito, un desesperado latir, un latente resurgir, un nuevo nacimiento, tropel de veloces caballos blancos en las dunas. Seamos playas de Cíes, nubes de Ons, brisa en Muxía, cormoranes de Camariñas, Puntas de Olas, alcatraces de san Adrián, arena de Muros, espuma de O Grove, seamos naves de Corrubedo para no volver a repetir la catástrofe, para ser aire de esperanza no de muerte, para garantizar un espacio de felicidad, tenaces como Antígona, para cantar los bosques, la mar, el aire, para acunar dulcemente el futuro.